

EL CINISMO DE DIOGENES

Antonio Ávila Chuliá

Se le preguntó: *“¿Por qué la gente da dinero a los mendigos y no a los filósofos?”*. Respondió: *“Porque piensan que, algún día, pueden llegar a ser inválidos o ciegos, pero filósofos, jamás”*.

Cuenta la historia popular que Diógenes solía caminar por Atenas a plena luz del día acarreando una lámpara encendida, aseverando que buscaba un hombre honrado. Otras leyendas refieren que Diógenes mantuvo una inesperada entrevista con Alejandro Magno, con el siguiente contenido, más o menos: *“Yo soy Alejandro Magno”*; el filósofo contestó: *“y yo, Diógenes el cínico”*. Alejandro en aquel momento le preguntó cómo podía ayudarlo. El filósofo respondió: *“Apartarte para no arrebatarme la luz del sol”*. Alejandro, dicen quienes saben, resultó tan seducido con el autodomínio del cínico que partió del lugar mientras comentaba a sus acompañantes: *“si yo no fuese Alejandro, querría ser Diógenes”*.

Si hoy dijésemos que Diógenes era un cínico, lo más probable es que lo consideráramos un insulto, en el siglo IV a. C. el cinismo era una bisoña filosofía en apogeo. Trataba de subsistir con austeridad, sin tener ni ambicionar nada, en la pobreza, cuestión que en ningún tiempo ha sido sencilla, en aquel período tampoco lo era. Los cínicos requerían una gran cuota de autocontrol y moral de renuncia para lograr la probidad por medio de una vida unida al origen propio del individuo. Por eso vivía casi desnudo, moraba dentro de una gran tinaja vieja y fracturada. No pedía nada más; disponía de todo el tiempo del mundo para pensar y razonar acerca de los porqués de la insólita sociedad en la cual residía. Pese a lo que la gente cree, Diógenes no se dedicaba a acopiar basuras de la calle, sino más bien todo lo contrario, aunque se le haya dado su nombre a un síndrome definido por la total dejadez personal y social, así como por la reclusión voluntaria en el propio hogar y la acumulación en el de grandes cantidades de inmundicia y desechos domésticos que, en realidad, encubren substanciales cambios psiquiátricos.

Nuestra sociedad, esa que nos ha tocado sobrellevar, sostener, digerir o revestirse de paciencia frente a ella, a la cual llamamos del bienestar, se afana en una busca continua e infructuosa de hombres idóneos, políticos o no, hombres de bien siempre, capaces de revelarse frente a la ingente masa ciudadana de dóciles o acríticos votantes; tipos como Diógenes de Sínope, quien supo transformar la escasez extrema en virtud; donde la austeridad era el supremo bien. La sapiencia, los títulos y las fortunas ilusorios patrimonios que se han de despreciar. Sin pretender por nuestra parte tal regeneración, ardua tarea para la mediocridad ciudadana que nos atenaza hoy, al menos serían de desear nuevas ideas, novicias soluciones beneficiosas para la

totalidad de la ciudadanía, al tiempo, competentes para encontrar la salida al malestar actual, no solo imputable al ciclo económico mundial sino también a la falta de civismo, de una formación profesional adecuada, como consecuencia de la intensa crisis de valores que padecemos.

Corresponde en parte al gobernante ser capaz de animar, impulsar, alentar entre otros, al empresariado, facilitando la resolución de cualquier trámite, dictando normas eficaces, sencillas en su interpretación y cumplimiento, pero sin olvidar al mismo tiempo la responsabilidad que incumbe al empresario, su puesta al día, desterrar viejos usos, subvenciones innecesarias... recordemos, sin echar en saco roto, las añagazas, los falsos prestigios, los defraudadores, las intoxicaciones reiteradas a través de los medios de comunicación que tanto han perjudicado no solo al colectivo si no al resto de la población. Creemos estar capacitados para sugerir a los poderes públicos ayudas para el empresario emprendedor, hábiles para generar riqueza y empleos, gente acostumbrada a los retos, a enfrentarse a diario con ellos para solventarlos, obligados a gestionar a la perfección sus conocimientos e incluso aptos para navegar con ignoto rumbo por los amplios e inexplorados océanos hacia el destino elegido, como lo hiciese antaño Cristóbal Colón.

Aseguran que para crear hay que creer, puedo certificar que el emprendedor desde siempre ha basado su éxito en producir, inventar, imaginar, realizar... confiado en su capacidad de arriesgar cuanto posee para transformar en realidad sus concepciones y ofrecerlas a la sociedad en el momento oportuno; ignorante de su futuro, engañando al día de hoy, esperando al de mañana, dedica por entero su vida a la creatividad innovadora, experimentado en perdurar a cualquier clase de mal, se defiende creando... de sueños sobrevive.

A quienes nos gobiernan rogaría, solicitaría, apelaría a que emplease el farol de Diógenes en la busca, en este caso, de una idea brillante, un pensamiento útil para salir de la situación que nos atenaza. Sin olvidar a ese héroe desconocido, anónimo, oscuro, enigmático como el emprendedor, quien gasta su tiempo cavilando en los cambios, novedades, transformaciones en definitiva la innovación, silente, capaz de generar riqueza; no conozco ningún monumento, no me canso de repetirlo, dedicado "Al Empresario Desconocido", toda una injusticia social.

Aunque no soy un ferviente partidario de ningún tipo de ayudas gubernamentales, se pagan a alto precio siempre, si es cierto, lo comprendo, que en estos momentos el empresariado se halla necesitado de ciertos apoyos oficiales para que por quien corresponda se libere a dicho colectivo de la colosal carga burocrática, administrativa, oficinesca, de todo punto innecesaria, agobiante, paralizadora, capaz de agotar, asfixiar cualquier iniciativa empresarial debido a exasperante lentitud con que se resuelven la mayoría de los temas por parte de las diversas Administraciones. Hay que aprovechar estos tiempos de decrecimiento, crisis, o marcha atrás, para acabar de una vez por todas con los excesos burocráticos, facilitar o si lo prefieren dinamizar las iniciativas, sin olvidar la autocensura de empresarios, empleados y gobernantes; juzgar con equidad los comportamientos anteriores, analizar sin pasión, con objetividad el pasado, así sabremos cuando hubo discernimiento, cuanto de generosidad, y, como no, de egoísmo y abandono, sobre todo si fuimos capaces de dar respuestas a las exigencias morales, tan primordiales en estos tiempos.

Ser empresario y además emprendedor, a mi entender, no es una profesión es una vocación, al menos para los “viejos”, una aptitud, un arte, donde se conjugan la audacia con la imaginación, siendo capaz de concebir una idea y ejecutarla. Carece de miedo, inconformista, inquieto, siempre avanzando, innovador constante, amante de nuevos proyectos. Posee un conocimiento profundo del mercado y la industria. Sabe transmitir a las personas que lo rodean la ilusión por su negocio, pues bregando solo sería incapaz de crear una próspera empresa. Arriesga su tiempo, dineros y energías con la convicción de lograr superiores ingresos que trabajando por un salario. Perfeccionista por naturaleza, lucha por alcanzar la excelencia o perfección, verdadera ayuda para que el negocio tenga éxito. Usa de la pasión, de un interés que le consume y confía en sus habilidades. Actúa por voluntad propia, sus triunfos o frustraciones dependen de sus adecuadas acciones. Nunca se declara vencido, carece de fracasos, los considera vivencias, experiencia que asimilar para un futuro. Matiza, computa, evalúa la victoria con mucha prudencia, meticuloso en los detalles sin olvidar jamás la lucha de precios y menos en estos tiempos donde se da un desmedido juego y especulación. Lamentable, pero nada de ello se aprende en las aulas, hay que sufrirlo, al menos a mí el hablar me alivia.